

dido de lo que merece, Tassara murió en Madrid el 14 de Febrero de 1875.

**Don José Zorrilla** es el singular poeta de quien más por extenso he tratado en la introducción de esta obra. Poco tengo que añadir aquí si no quiero repotirme ó si no quiero modificar el juicio que formé entonces y del que no me aparto ahora.

Es cierto que sólo traté de Zorrilla como poeta lírico y legendario, y que apenas traté de él como autor dramático, por no entrar esto en mi plan ni ser de mi incumbencia. Acaso se me dirá, que se comprende mejor á Zorrilla después de estudiar su teatro y no estudiando solo sus poesías líricas y sus leyendas.

Zorrilla fué fecundo autor de dramas, aplaudidísimo casi siempre. Hasta el día de hoy se pone en escena y se admira su *Don Juan Tenorio*, aunque buena parte del público se sabe de memoria los más lindos versos que contiene aquel extraño y popular poema.

Muchas otras de sus composiciones dramáticas, nunca ó rara vez se representan ya, pero casi todas se leen con gusto. Por ellas compite Zorrilla con los más notables dramaturgos que en el florecimiento del romanticismo hubo en nuestra España: con García Gutiérrez, con D. Angel de Saavedra Duque de Rivas, y con Hartzenbusch.

Consta su teatro de muy cerca de treinta composiciones. Recordaremos aquí los títulos de las más famosas: *Cada cual con su razón*, *Aventuras de una noche*, *El zapatero y el rey*, primera y segunda parte, *El molino de Guadalajara*, *Sancho García*, *El caballo del rey D. Sancho*, *La mejor razón la espada*, *El puñal del godo*, *El alcalde Ronquillo*, y *Traidor, inconfeso y mártir*.

Por su forma, propia para la escena, se distinguen de las leyendas estos dramas: pero por el fondo, por el estilo y por el carácter de la inspiración, son muy semejantes á las leyendas. Todo cuanto de las leyendas se dice puede también decirse de los dramas.

Zorrilla siempre y por todo debe ser calificado de incomparable y hasta de inconmensurable entre los poetas. En mi sentir á ninguno se parece y yo no acierto á compararle con ninguno. No hallo tampoco una medida común para estimar su altura con relación á la de otros; así ni la mido ni la estimo.

Poca ó ninguna semejanza tienen los dramas de Zorrilla con los de Lope, Tirso, Calderón y demás autores del siglo xvii y menos aún se asemejan á los modernos dramas alemanes ó franceses: á los de Schiller, Dumas y Victor Hugo. Zorrilla es solo y siempre Zorrilla, y ya este es rarísimo mérito.

Dijo el gran maestro de Alejandro que la poesía vale é importa más que la historia, porque la historia representa las cosas como son, y la poesía las representa como deben ser; pero Zorrilla

ni como son ni como deben ser las representa, sino que las representa como él las imagina. Esta imaginación suya, no obstante, ó bien por que coincide con la del pueblo en el momento en que el poeta poetiza, ó bien por el mágico poder de sugestión que en ella hay y que al pueblo se impone, hicieron de Zorrilla en su tiempo un popularísimo y original poeta, que arrebató al vulgo en pos de sí y le obligó á entrar y á deleitarse en el mundo fantástico que para él ha creado sin otra mira ni propósito que la de su solaz y esparcimiento. De aquí que Zorrilla sea el poeta más del arte por el arte que jamás ha existido: el menos tendencioso, el menos docente de todos. En realidad no es impío ni pio, ni retrógrado ni progresista, ni liberal ni servil, ni cristiano ni moro. Es productor de representaciones ideales, que nos encantan y entretienen, aunque más que imitar y representar á la naturaleza, imitan y representan lo que él, allá en el fondo de su espíritu, ha concebido y creado. Para concebirlo y crearlo, apenas se entera Zorrilla, ni es menester que se entere, de los objetos materiales que le rodean, de la vida y de la marcha de la humanidad, y de los grandes sucesos que por la historia sabemos. Todo lo entiende á su modo y esto le basta. Mientras menos entiende de lo que realmente hay, más y mejor puede añadir de su propia cosecha. Así, hablando de Roma, dice:

Aún niño me cantaron  
Un no sé qué de Césares y Reyes.

Y, ya hombre, prosigue en el mismo *no sé qué* sin aspirar á ponerlo en claro. Él se lo explica mejor con su fantasía.

Durante algunos meses Zorrilla vivió en Marsán, en las *landas*, entre Burdeos y Bayona. Aquel punto, en medio de espesos y magníficos pinares, le convidó á vivir en retraimiento y soledad amena. Ofrecíale también aquel punto exquisito regalo gastronómico, al que Zorrilla era muy inclinado, por lo cual no le censuro, sino le aplaudo. Había allí parada y fonda de ferrocarril, y el cocinero fondista era benemérito, hábil y más enamorado de su arte que del provecho que alcanzaba ejerciéndole. ¡Bien guisaba aquel cocinero! Allí se comía muy delicadamente; Zorrilla, además, mientras allí estuvo, se complació contemplando la naturaleza circunstante, vagando por la densa floresta, viendo saltar á las ardillas entre sus ramas, sorprendiendo á las liebres que salían de sus madrigueras y corrían por el bosque á la luz de la luna, y oyendo cantar, en la alborada, á los pintados y gordos pajarillos, que tal vez luego se comía. ¿Y qué sacó el poeta de esta contemplación de las cosas naturales? Pues sacó un curiosísimo y hermoso poema, donde pintaba, lamentándola, la destrucción de las florestas: el estrago y ruina que la civilización no podía menos de causar pronto en aquellos bosques, destruyendo su frondosidad y su pompa y dando desastrado remate al rústico hechizo de que en ellos se gozaba. Zorrilla no se enteró, ni quiso enterarse de que la civilización, lejos de

destruir aquellos bosques, había logrado producirlos, convirtiendo en terreno fértil lo que antes era estéril arena y charcos malsanos. Esta discrepancia entre la realidad y lo ideado ó imaginado por el poeta, poco perjudica con todo á la belleza de los versos escritos sobre el asunto. La civilización, desecando los pantanosos esteros y saneando aquellas marismas, no había procurado lo bello sino lo provechoso y lo útil. Si produjo la hermosura de los pinares fué para utilidad y provecho y no por gala. Si para utilidad y provecho le hubiera convenido arrasarlos y quemarlos, los hubiera arrasado y quemado. Esto basta para disculpar la distracción de Zorrilla y justificar sus versos sobre la destrucción de las florestas. Estupendamente hermosas son las que se destruyen en el Brasil, abrasando en ingente incendio los gigantescos árboles seculares para dedicar luego el despojado terreno al cultivo del maíz, del café ó de la caña de azúcar. Sobre tal destrucción de las florestas, verdaderamente causada por la cultura, ha compuesto un hermoso poema descriptivo, el inspirado poeta brasileño Araujo Portoalegre. Zorrilla, sin conocerle, sigue sus huellas, y ya que no se le adelante, casi le alcanza. Esto prueba el soberano poder de la imaginación de Zorrilla y cuán poco su propia observación y su experiencia le valian para sus creaciones.

Zorrilla no fué historiador, ni naturalista, ni jurisconsulto, ni arqueólogo, ni filólogo, ni nada más que poeta: poeta exclusivo y puro que ja-

más abandonaba su mundo encantado é imaginario en el que imperaba como prodigioso rey mago, sino para convertirse en un mortal cualquiera de bondadoso y excelente carácter, aunque poco inclinado á la vida juiciosa y tranquila, y menos aún á la meditación y á los estudios.

Su vida fué la de un trovador anacrónico y rezagado que tardó siglos en nacer. En vez de nacer en el siglo XII, Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817. Su padre que vino de Valladolid á Madrid en 1827, puso á su hijo en el Seminario de Nobles para que allí se educase. En compañía allí de jóvenes distinguidos de nuestra aristocracia y bajo la dirección y magisterio de los Padres Jesuitas, Zorrilla en vez de aprender y de prepararse para una profesión prosáicamente útil, aprendió artes de elegancia y de adorno, y se sintió estimulado, por alabanzas y aplausos prematuros y generosos, á dedicarse á la poesía. Resultó de aquí que, cuando su padre, desterrado en Lerma después de la muerte de Fernando VII, se empeñó en que su hijo estudiase leyes, éste no quisiese estudiar y se entregase á mil románticas y extravagantes divagaciones. El padre, que era muy rígido, exigió que su hijo se fuese á Lerma con él, pero Zorrilla desobedeció aquel mandato, se escapó de la galera en que á Lerma le conducían y se vino á Madrid, empezando desde entonces su vida azarosa é inquieta, en lucha siempre con la falta de recursos.

De súbito, el día 15 de Febrero de 1837, cuan-

do no había cumplido aún los veinte años, Zorrilla salió de la menesterosa obscuridad en que vivía y se hizo famoso y celebrado en toda España por los extraños versos que leyó en el entierro de Larra. Allí, junto al recién abierto sepulcro del suicida, formuló Zorrilla esta curiosa y tétrica definición del poeta:

El poeta en su misión,  
Sobre la tierra que habita,  
Es una planta maldita  
Con frutos de bendición.

Frutos de bendición fueron sin duda los suyos, ya que gustamos siempre de no pocos de ellos, y los saboreamos con deleite. En lo que no queremos convenir es en que sea maldita la planta que los produce, á no ser que se entienda por esta maldición la casi irremediable pobreza y los constantes apuros económicos á que se condena el poeta, que no es más que poeta, sin otro oficio ni beneficio, sobre todo cuando vive en una época como la época en que Zorrilla vivía, en que los versos, si se pagaban profusamente con alabanzas, no solían pagarse con dinero. Echarse á poeta entonces para ganarse la vida, era como poner tienda de sastre en clima muy templado y entre gente tan primitiva que anda desnuda. La propiedad literaria estaba hartamente menos asegurada que en el día de hoy. Pocos eran los libros que se leían y menos los que se compraban. Los editores pagaban mezquinamente cuando algo pagaban. El teatro, que en el día es un recurso y medio de ganar algún dinero, si se atina con el

gusto del público, no lo era entonces aún. El *Don Juan Tenorio*, á lo que parece, no llegó á valer á Zorrilla más de mil pesetas, y hoy produce á los que le compraron miles de duros anuales.

Esta dificultad, esta casi imposibilidad de vivir de la poesía trajo graves inconvenientes á la de Zorrilla, siendo el principal inconveniente un exceso de producción forzada. Tal producción prueba, sin duda, la fertilidad y el brio del ingenio que la tiene, pero suele oponerse á la inspiración y amenguarla y suele trocar la concisión elegante ó enérgica en desmayada y difusa palabrería. A menudo la destreza técnica, acrecentada por el ejercicio continuo, viene á encubrir la carencia de sentimiento y de ideas.

No sólo para agradar al público, sino para someterse á un antojo ó á un cálculo mercantil de los editores, el poeta menesteroso escribe sobre lo que no quería ó no pensaba escribir. Zorrilla, si no escribió acrósticos y versos de pie forzado porque tales primores no estaban ya seriamente de moda, llegó á escribir dos gruesos tomos de leyendas en verso con láminas ó estampas forzadas, ajustando lo que contaba en las leyendas á las preciosas estampas con que Gustavo Doré había ilustrado los poemas del tiempo del Rey Arturo, compuestos por el laureado poeta inglés Alfredo Tennyson.

Tales son los *Ecos de las Montañas* publicados por los Sres. Montaner y Simón, en 1868, en la ciudad de Barcelona. Son de maravillar la faci-

lidad y maestría que muestra Zorrilla en la verificación de esta obra y la riqueza del lenguaje y la gala y el primor de no pocas descripciones; pero la manifestación de estas mismas prendas nos induce á lamentar que se empleen en la rara tarea de ilustrar las estampas en vez de ser ilustradas por ellas. Cuánto mejor no hubiera sido que Zorrilla hubiese compuesto otros poemas libre de toda sujeción á estampas, y que los Sres. Montaner y Simón hubieran divulgado las estampas en España con una buena traducción de los poemas de Tennyson, traducción que poseemos en parte, merced al indisputable talento y acendrado buen gusto del Sr. D. Lope Gisbert.

A pesar de la situación difícil y anacrónica en que se colocó Zorrilla, su fantasía poderosa le hizo triunfar por completo en otras ocasiones. A veces hasta llegamos á dar por cierto, por real y vivido, cuando dice:

Yo soy el trovador que vaga errante.  
Si son de vuestro parque estos linderos  
No me dejéis pasar, mandad que cante;  
Que yo sé de los bravos caballeros  
La dama ingrata y la cautiva amante,  
La cita oculta y los combates fieros  
Con que á cabo llevaron sus empresas,  
Por hermosas esclavas y princesas.

Después de oír ó de leer estos y otros versos de la Introducción á los *Cantos del trovador*, nos olvidamos de que Zorrilla, á quien va á pedir socorro, diciéndole *mandad que cante*, es al li-

brero calculador y codicioso, y Zorrilla se nos aparece convertido en algo semejante al rapsoda de las edades heroicas de la antigua Grecia ó más bien al trovador errante ó al juglar de los siglos medios.

Prolijo sería contar aquí los varios sucesos de su vida de trovador y sus diversas peregrinaciones. Baste recordar que estuvo en Méjico, donde muchos señores principales y el mismo Emperador Maximiliano le ampararon y favorecieron: donde fué tan bien acogido, agasajado y honrado como el cantor de la Iliada en la isla de Sicos.

Después de la trágica muerte del Emperador Zorrilla volvió á España, tan falto de recursos como de costumbre.

Poco tiempo después, siendo D. Manuel Ruiz Zorrilla ministro de Fomento, el ilustre poeta le visitó y ambos se reconocieron por parientes cercanos. El ministro quiso protegerle y llamó al director de Instrucción Pública, que era entonces quien esto escribe, encargándole que buscara para él un buen empleo. De solo dos se podía disponer en mi Dirección: de director de la Biblioteca Nacional y de director del Museo Arqueológico. Pero ambos empleos se hallaban ocupados por otros excelentes literatos y poetas y hubiera sido menester, al colocar á Zorrilla, desnudar á un santo para vestir á otro, como vulgarmente se dice.

Yo, sin embargo, no tenía menor empeño que el ministro en la colocación de Zorrilla, de

quien era yo admirador y amigo desde mi primera mocedad, siendo estudiante en Granada.

Allí vivió él en la misma fonda en que yo vivía, cuando él fué á inspirarse para escribir su poema. Y casi siempre, mientras él allí estuvo, le acompañé y hasta le serví de *cicerone*, yendo con él á la Alhambra, al Generalife, á la Cartuja, al Sacro-Monte y á la Fuente del Avellano, de la que sin duda el poeta hizo salir más tarde al hermoso Azael, al Angel de las perlas que tantas venturas y grandezas pronosticó y que tan espléndido tesoro regaló á Alhamar el Nazarita.

Algo, aunque no fuese tan espléndido, anhelaba yo que se regalase á Zorrilla por ocurrencia mia. Impulsado por este anhelo, tuve una que me atrevo á calificar de feliz, aunque me esté mal el decirlo. Expuse mi proyecto á Don Manuel que le aprobó y me autorizó para llevarle á cabo. Fui al punto á ver á Don Cristino Martos, Ministro de Estado entonces, y sin dificultad conseguí de su munificencia aún más de lo que yo deseaba. La fundación piadosa de Monserrat, que tenemos en Roma y que el Ministro de Estado administra, produce una renta de unos cuantos miles de duros. De ellos propuse á Don Cristino que diera á Zorrilla tres mil anuales, pero á Don Cristino le pareció poco y concedió cuatro mil á Zorrilla, con el motivo ó pretexto de que fuese á estudiar aquellos archivos para poder reivindicar bastantes predios rústicos y urbanos pertenecientes á la fundación y de los que se

había incautado el gobierno de Italia. Así logramos que Zorrilla viviese con holgura, aunque por desgracia sólo algunos meses. Uno de los ministros que reemplazó á Martos redujo á la mitad la pensión concedida al poeta, y otro, más económico y menos poético redujo la pensión á la nada. Zorrilla, no tuvo tiempo para registrar los archivos, que probablemente no hubiera registrado nunca, ni tuvo tiempo tampoco para componer la multitud de leyendas que yo le excitaba á componer sobre las aventuras y las hazañas de los españoles en Italia y Sicilia: sobre los Reyes aragoneses Don Pedro el Grande, Don Fadrique de Sicilia y Don Alfonso V el Magnánimo, con su brillante corte de Nápoles; sobre Don Enrique el Senador, sobre Don Gil de Albornoz, restaurador del poder temporal del Padre Santo y sobre otros muchos personajes y sucesos. Apenas tuvo tiempo Zorrilla para establecerse en Roma y acaso se entretuvo más de lo que convenia, vagando por los pinares de Marsan y muy obsequiado y bien cuidado por aquel excelente fondista cocinero de que ya di noticia.

En los últimos años de su existencia estuvo y pudo estar Zorrilla muy satisfecho y ufano, pero en muy estrecha pobreza. España le colmó de honores y de distinciones, pero no pudo ó no quiso darle materiales bienes de fortuna y él no supo buscarlos tampoco.

La Academia Española, que le había elegido en balde académico de número, volvió á elegirle

y él entró en la Academia, leyendo su discurso en versos, agradable rareza si los versos hubieran sido mejores.

En el Ateneo de Madrid se celebraron brillantísimas veladas en honra suya, leyéndose sus más hermosas poesías, oídas con entusiasmo y deleite y terminadas por estrepitosos aplausos. Y por último, en la ciudad de Granada se verificó la coronación de este glorioso poeta, sin que la pasión política fuese parte en aquel triunfo, como tal vez en el de Quintana pudo serlo, aunque tanto ó más que él le mereciese Quintana.

De todos modos, esto es sin comparar y sin medir, porque ya he dicho que tengo á Zorrilla por incomparable y por inconmensurable, Zorrilla es un singular y altísimo poeta y no pocos de sus versos se leerán siempre con placer y admiración por cuantos entiendan de poesía y sepan la lengua castellana que irreflexivamente y por instinto misterioso y semi-divino Zorrilla sabía y manejaba mejor que los gramáticos, los retóricos y los filólogos más consumados.

Zorrilla murió en Madrid el día 23 de Enero de 1893.

---

**Don Juan Eugenio Hartzenbusch**, menos conocido y celebrado como poeta lírico que como dramaturgo, crítico juicioso y erudito literato, nació en Madrid el día 6 de Septiembre de 1806.

Era su padre un ebanista alemán. Su madre era española. Á los dos años de edad, el poeta quedó huérfano de su madre, la cual murió á causa de la terrible impresión que le causó ver arrastrar por la plebe amotinada el cuerpo ensangrentado de Viguri con una soga al cuello, y por las amenazas soeces con que uno de los amotinados respondió al grito de lástima que exhaló ella ante aquel espectáculo.

En escribir la vida y en examinar y juzgar las obras de Hartzenbusch se han empleado dignamente D. Antonio Ferrer del Río, D. Aureliano Fernández Guerra y D. Eugenio de Ochoa, cuyos trabajos recomiendo al lector que quiera tener de todo más circunstanciada noticia que la que yo puedo darle. Yo me limitaré á decir sobre Hartzenbusch muy poco.

Aunque estudió humanidades en el colegio de los Jesuitas, muerto ya su padre y muy falto de recursos, Hartzenbusch, para ganarse la vida, tuvo que ejercer el oficio de carpintero.

Durante algún tiempo fué taquígrafo también, pero siempre siguió estudiando y esforzándose recatadamente para adquirir conocimientos literarios y para ser buen escritor, y sobre todo poeta dramático, que era lo que más le entusiasmaba.

En aquel largo período de obscuridad, de pobreza y de afanosas tentativas, Hartzenbusch tradujo del francés ó arregló algunos dramas, refundió otros de nuestro antiguo teatro y además compuso varios originales con éxito menos que mediano ó poco lisonjero.

Así es que de repente, y casi desconocido, surgió á gloriosa celebridad en la noche del 19 de Enero de 1837, en que se representó, con merecido y grande aplauso, su hermoso drama *Los Amantes de Teruel*.

La reputación de Hartzzenbusch persistió y se extendió desde entonces en adelante. Aunque modestamente, pudo ya subsistir con el cultivo de las letras y dejar de ser artesano.

Las mejores obras que ha producido después, y dado al teatro, son: *Doña Mencía ó las bodas en la Inquisición*, *Alfonso el Casto*, *La jura en Santa Gadea*, *Honoría*, *La visionaria*, *La coja y el encojido*, *Juan de las Viñas*, las dos comedias de magia tituladas *La redoma encantada* y *Los polvos de la madre Celestina*, *Vida por honra* y *El mal apóstol y el buen ladrón*.

Acaso de toda esta labor literaria, para el teatro, el drama *Los Amantes de Teruel* siga siendo la más excelente, sin que nada en la competencia iguale á este drama, aunque bastante se le acerque y le alcance en mérito *Doña Mencía*.

De todos modos, bien puede afirmarse que la reflexión y el atinado esmero se muestran siempre en el teatro de Hartzzenbusch; que la crítica precede ó acompaña á su inspiración; y que, en sus dos principales y ya citados dramas, el enredo está muy ingeniosamente urdido, los caracteres bien trazados y desenvueltos, y la acción y el desenlace representados con arte y acierto dichoso para interesar y conmover á los espectadores.

En las demás obras dramáticas de inferior valer, Hartzzenbusch se distingue siempre por lo castizo y correcto del lenguaje y por la habilidad primorosa de su versificación y de su estilo.

Como crítico y erudito no es menos estimable. De ello dan prueba los estudios con que ordenó é ilustró las obras de Lope, de Tirso, de Calderón y de Alarcón, publicadas en la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra.

Su bien lograda fama no pudo menos de obtener oficialmente el reconocimiento y el premio debidos.

La Real Academia Española le recibió, el 18 de Marzo de 1847, entre sus individuos de número.

En 1854 fué nombrado Director de la Escuela Normal. Y por último fué Director de la Biblioteca Nacional desde el año de 1862 hasta el año de 1875, en que pidió y obtuvo ser jubilado.

Murió Hartzzenbusch el día 2 de Agosto de 1880.

Á su talento, laboriosidad, buen gusto y recto juicio, debemos otras varias obras además de las ya citadas: varias novelitas cortas en prosa, como son: *La hermosura por castigo*, *Mariquita la pelona*, *La reina sin nombre* y *La locura contagiosa*, notable esta última por haber dado asunto, á pesar de su candidez, á *El loco de la guardilla*, de Narciso Serra: multitud de fábulas morales, y muy discretas observaciones sobre el comentario de D. Diego Clemencín al *Quijote*.

Entusiasta admirador de Cervantes, Hartzzen-

busch estudió con detenida y escrupulosa atención el libro inmortal donde se refieren las hazañas del Ingenioso Hidalgo, siendo fruto de este estudio, además de las susodichas observaciones, 1.633 notas con que corrigió ó trató de corregir las erratas que hay ó que se supone que hay en las muchas y sucesivas ediciones que se han hecho de la famosa novela desde que por primera vez salió al público de casa de Juan de la Cuesta. Estas notas ó correcciones de Hartzenbusch fueron publicadas como apéndice y complemento de la reproducción que por medio de la foto-tipografía hizo el coronel don Francisco López Fabra de la primera edición del *Quijote*.

La fama y los merecimientos de Hartzenbusch como poeta lírico son harto menos importantes. Sus versos, con todo, son muy agradables de leer por la pulcritud y elegante corrección del estilo y por los sentimientos delicados y generosos que manifiestan y expresan.

Si el plan de este FLORILEGIO nos hubiera consentido incluir alguna traducción ó paráfrasis, sin duda hubiéramos insertado en él, la que tan libre como dichosamente hizo Hartzenbusch de *La Campana* de Schiller. Con esta hermosa paráfrasis, trajo á nuestro idioma y literatura una de las más excelentes composiciones líricas de la edad moderna. En su género pocas son las poesías que se le parecen y menos son aún las que con ella compiten. El italiano Manzoni y el angloamericano Greenleaf Whitier siguen

la misma dirección, pero no se adelantan á Schiller, y rara vez le igualan. Sosteniendo las antiguas creencias religiosas, fortalecida el alma por un amplio espiritualismo cristiano, desechando y condenando peligrosas novedades y con un espíritu conservador lleno de rectitud y de firmeza, el poeta alemán cree y nos mueve á creer que sin reformas, sin revoluciones ni cambios y tal como está la sociedad de hoy, bastan el cumplimiento del deber, la confianza en Dios y el amor de la humanidad y de la patria para que se logren la paz, la concordia y el bien de nuestro linaje, hasta donde en esta vida terrenal es posible. La paráfrasis de Hartzenbusch refleja con exactitud y limpieza la profunda buena fe que inspiró la poesía original. Así es que al leer la paráfrasis nos movemos á exclamar con Horacio: *dictæ per carmina sortes et vitæ mostrata via est*, mejor que por la lectura de las flamantes y atrevidas sociologías, rastreas á veces, de Comte, Spencer y Nietzsche, pongamos por caso.

---

**Don Juan Florán**, *Marqués de Tabuerniga*, es uno de los menos conocidos entre los poetas y prosistas españoles del siglo pasado. Yo me inclino á creer que, no la falta ó escasez de mérito, sino las circunstancias adversas, tienen la culpa de dicha corta nombradía.

En los mejores y más activos años de su exis-

tencia, desde 1823 hasta 1835 ó 36, Florán vivió lejos de España, emigrado, ya en Inglaterra ya en Francia. Bajo el velo del anónimo, escribió mucho para revistas y periódicos en los idiomas de los mencionados países. Y aunque escribió y publicó también, dando su nombre, obras extensas, en uno ó en más volúmenes, estas obras circulan y se leen poco en España, llegando á ser algunas de ellas rarezas de bibliófilo entre nosotros. Los títulos de estas obras son los siguientes: *Memoires d'un Cadet de famille*, *Études sur la littérature originale des espagnols* y *Costumbres familiares de los americanos del Norte*.

Compuso además multitud de versos, así en castellano como en inglés y en francés, que no creo hayan sido coleccionados nunca, y que, por las muestras que de ellos damos en este FLORILEGIO, merecen coleccionarse y llamar la atención del público.

La composición cuyo título es *La despedida*, está llena de juvenil y cándida lozania, de gracia y de sencillez elegante; y el soneto que también publicamos, es una primorosa y agradable paráfrasis de aquellos versos de Virgilio en la Égloga II:

Nec sum adeo informis. Nuper me in littore vidi,  
Cum placidum ventis staret mare: non ego Daphnim,  
Judice te, metuam, si nunquam fallit imago.

Versos de los que pone Lope en boca de Marambaquis esta chistosa imitación en parodia:

Y no soy yo tan feo,  
Que ayer me vi mas no como me veo  
En un caldero de agua que de un pozo  
Sacó para regar mi casa un mozo,  
Y dije: esto desprecia Zapaquilda,  
¡Oh, celos!, etc....

Florán ha sabido hacer de todo ello un precioso cuadro idílico y campestre.

Á pesar de lo expuesto, repito que se conoce muy poco á Florán. Los datos biográficos que de él ponemos aquí, los tomamos de los *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, por D. Eugenio de Ochoa, obra publicada en París en 1840.

Nació Florán en Cartagena hacia los primeros años del siglo XIX. Hijo de un oficial de marina, estuvo á punto de seguir la misma carrera que su padre, pero el escaso favor que mostraba Fernando VII á la Real Armada y la poca esperanza que la profesión militar ofrecía, hecha la paz de 1815, decidió al padre de Florán á que su hijo dejase las armas y se dedicase á las letras. Florán aceptó gustoso este cambio, y en Córdoba, bajo la dirección del ilustre D. Manuel Arjona, estudió humanidades y muy especialmente los idiomas latino y griego.

Su afición y su aptitud para la poesia se mostraron gallardamente desde la primera mocedad, en que escribió los ya mencionados versos cuyo título es *La despedida*.

En Granada, y en el Colegio de Santiago, cursó Florán la jurisprudencia.

Durante el periodo constitucional de 1820 á

1823, Florán hubo de tomar parte en los sucesos políticos, y, comprometido, ó creyéndose comprometido cuando se restableció el poder absoluto del monarca, Florán emigró, como ya hemos dicho.

De vuelta á España no creo que le sonriese mucho la fortuna. Acaso le perjudicó la independencia de su carácter. Acaso el ser como extranjero en su patria, después de tan larga ausencia, fué estorbo para su medro. Me parece recordar con todo que, después del pronunciamiento de Vicálvaro, Florán fué elegido diputado é hizo una brillantísima campaña en aquellas Cortes, apareciendo como orador elocuente, de opiniones conservadoras y muy entusiasta defensor de la dinastía y de la reina, harto poco lisonjeadas entonces por el partido liberal exaltado.

Más tarde estuvo Florán de Cónsul de España en Londres. Cesante luego, por su mala ventura, vivió en Madrid retirado, y murió, ya que no en la obscuridad, sin que le echasen de menos sino algunos pocos amigos. Si no recuerdo mal, habitaba Florán, cuando murió, en un cuarto contiguo al que yo habitaba en una casa de la calle de Silva. Aunque le traté poco, me atrevo á asegurar que era persona discretísima, de amena conversación y de muy finos modales. Bien merece más circunstanciada biografía, donde las pocas noticias que aquí damos se completen, por persona más investigadora que yo y más aficionada á saber y hacer saber vidas ajenas.

**Don Baltasar Lirola** nació en Dalías (Almería), en los primeros años del siglo pasado. Hizo brillantemente los estudios de Teología, recibió las sagradas órdenes, fué cura párroco de Oria y en 1830 hizo oposición á la canongía Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Guadix, para la que fué elegido por unanimidad. Don Baltasar, sin embargo, renunció dicha prebenda y aceptó el puesto de canónigo en la Abadía del Sacro-Monte de Granada, puesto del que tomó posesión en 1.º de Marzo de 1831. En aquel ameno y sagrado retiro pasó el resto de su vida que terminó antes de llegar á la vejez, en Diciembre de 1849.

El Sr. Lirola honró el púlpito granadino y la buena literatura, predicando muy notables sermones y escribiendo con gran limpieza de estilo, en revistas y periódicos.

Elegante, pulcro y atildado en su persona, con su afable trato, buena presencia, discreta conversación y finos modales, supo ganarse el afecto de la alta sociedad granadina, de la que fué muy estimado y querido.

Sabía y gustaba mucho de letras humanas. En la selecta biblioteca, que tenía en su celda, había excelentes libros de historiadores, filósofos y poetas que él prestaba gustoso á sus discípulos predilectos, para que aprendiesen y se ilustrasen leyéndolos.

En el colegio dependiente de la Abadía y donde se estudiaban las asignaturas de segunda enseñanza, las ciencias eclesiásticas y los dos pri-

meros años de la carrera de Jurisprudencia, don Baltasar tuvo cátedra siempre, con aprovechamiento y satisfacción de su auditorio de estudiantes por la claridad con que explicaba, por su indulgencia con los desaplicados y por su bondadosa paciencia con los rudos.

Don Baltasar Lirola fué también poeta, aunque no escribió muchos versos. Una de sus mejores composiciones es la que se titula *Sierra Nevada*, inserta en esta obra. En Granada la celebraron mucho, á mi ver no sin fundamento. Uno de los canónigos de la Abadía, me escribió elogiando esta última composición de Don Baltasar, en la que presagia su muerte, que fué la corona de siemprevivas que sin saberlo labró él para adornar su tumba.

Durante un año, de 1841 á 1842, si no recuerdo mal, estuve yo de colegial en el Sacro-Monte, del que siempre conservé recuerdo gratisimo, y muy singularmente de las lecciones de Don Baltasar Lirola que fué mi maestro y de los buenos libros que allí leía y que él me prestaba.

---

#### **Don Antonio María Segovia**

se distinguió en los primeros años del reinado de Isabel II, compitiendo con Larra, Mesonero Romanos, D. Serafin Estébanez Calderón y don Santo López Pelegrin, escritores todos que solían publicar artículos satíricos y ligeros cuadros de costumbres en los periódicos, bajo el velo

de un pseudónimo tan transparente y claro, que más que por disfraz, le llevaban por gala y chiste. Así como los mencionados escritores se apellidaban *Figaro*, *El curioso parlante*, *El Solitario* y *Abenamar*, Segovia se apellidó *El Estudiante*.

Sus obrillas, ya en prosa, ya en verso, merecen ser alabadas y pueden leerse y se leen todavía con mucho agrado por el ingenio y la gracia, por el lenguaje castizo y correcto y por el estilo desenfadado y elegante con que están escritas. No llega Segovia, en su españolismo purista, al extremo de Estébanez Calderón, extremo primoroso y admirable, pero que tiene algo de afectado. Su estilo es, con todo, más puro y castizo que el de *Figaro* y que el de *El curioso parlante*, y si bien con menos fertilidad y fácil inventiva que *El curioso parlante* y con menos brío que *Figaro* en el sentir y en el pensar, á veces vence y supera á ambos en pulcritud y nitidez graciosa, muy propia de nuestra tierra, por donde recordamos á nuestros autores festivos del siglo XVII, sin el mal gusto, el culteranismo y los retruécanos de entonces.

Halló Segovia más tarde un modo muy discreto y ameno de entretener al lector y de provocar su risa con cierta persistencia cómica y pesadez aparente, pesadez que en realidad no lo era, porque daba ocasión á mil divertidas digresiones, cuya incoherencia regocija y sorprende. Al leer estas producciones de Segovia recuerdo yo aquellos tres duros ó escudos romanos que Casti había tomado prestados y que